

DISCURSO INAUGURAL

DEL AÑO ACADÉMICO DE 1866 Á 1867

POR

DON MARIANO NOUGUÉS Y SECALL

(SESION PÚBLICA DE 22 DE SETIEMBRE DE 1867).

INFLUENCIA CIVILIZADORA DE LAS ARTES

Y EN ESPECIAL DE LA PINTURA.

SEÑORES ACADÉMICOS: Al abrirse las puertas de la Academia, y cuando va á darse comienzo otra vez á sus tareas, se reunen con majestuosa solemnidad los miembros de este Cuerpo, no sólo para hacer conmemoracion de sus trabajos anuales, sino tambien para que uno de sus individuos, en nombre y representacion de aquel, pronuncie un discurso en que desenvuelva alguna verdad fecunda, y con este soplo misterioso renueve el fuego del amor á las bellas artes en los corazones de los concurrentes.

Este discurso no es en realidad otra cosa que una ofrenda que se depone en el altar de la sabiduria artística, un ramillete que se coloca en sus aras para que difunda su balsámico perfume.

¿Seré yo capaz de desempeñar mision tan delicada? ¿Podré comunicaros conceptos bastante sublimes para cautivar vuestra atencion, para impresionar vuestro entendimiento? ¿Podré levantar con mi ruda é inexperta mano el velo que cubre las elevadas concepciones del genio? Desconfío, Señores, y desconfío con razon de poder realizar con feliz éxito este propósito; y en medio de mi pequeñez, y en la carencia de la instruccion de que se hallan superabundantemente adornados mis distinguidos compañeros, cuya palabra osten-

tó otros años sus encantos y os presentó la riqueza del saber ataviada con la galanura del estilo, me ofreceré quizás á vuestros ojos como otro Ícaro insensato, que ve rotas ó despegadas las plumas de sus alas, y se precipita por su temeridad en las borrascosas olas del piélago, ó como el que, lanzándose momentáneamente á los aires por un arrebató de su osadía, desciende con súbito fracaso á la tierra por el plomo de su propia pesadumbre. *Cadono col piombo ne' piè.*

Algo más que el amor á las bellas artes se necesita, Señores, para hablaros en dia tan solemne, entreteniéndolo, ya que no cautivando vuestra atención; si solo ese amor bastara, podría tal vez li-sonjearme de obtenerla, porque mi corazón late al observar las prodigiosas obras del genio. La grandiosidad de un templo de bella y compasada arquitectura me extasia, y espaciando mi vista por sus inmensas bóvedas, se eleva mi alma, al través de las nubes del incienso, á las regiones del empyreo, en alas de una enajenación immeditada y arrebatadora. También, Señores, cuando se presenta á mis ojos un cuadro en que refleja la imágen de la naturaleza ó la noble invención de un artista que copia las caprichosas pero concertadas creaciones de su imaginación, que es un mundo ideal en que recoge tesoros; y cuando se ofrece á mis miradas una estatua, que encuentro animada por la inspiración, experimenta mi espíritu delicias inexplicables, enturbiadas, como todo placer humano, por el desconsuelo de hallarme privado del don celestial que otorgó Dios á los artistas, á esos hombres singulares que poseen el envidiable privilegio de ser unos segundos creadores y partícipes del poder del Omnipotente.

Entonces, en los arrebatos de mi convicción, exclamo con fé viva: «¡Esa inspiración del artista es una prueba de la existencia de Dios; es una confirmación del dogma consolador de la inmortalidad del alma; las Bellas Artes son el gérmen fecundo de la civilización del género humano, un estímulo poderoso para el ejercicio de la virtud: son una parte de su historia; finalmente, un elemento sin el cual no pueden vivir de una manera racional los pueblos, ni sublimarse, ni engrandecerse!»

Sin saber cómo, Señores Académicos, he encontrado materia para mi discurso, y ya que no me sea dable hablaros de las bellezas de la escuela italiana, de la flamenca, de la de Sevilla y otras, descendiendo á la apreciación exacta y circunstanciada del arte y de los matices del estilo, en cambio me remontaré al seno de Dios, y en consideraciones de una índole levantada, ya que no sublime, que me sugiere la contemplación de la belleza, os abriré mi corazón; pondré de par en par el recóndito santuario de mi alma; os diré lo que pienso de las artes, os referiré sus frutos, hablaré de sus consecuencias, de sus asombrosos resultados en bien de las sociedades humanas: ventajas que recopila Arriaza en dos versos, diciendo:

Y de las artes el poder fecundo
Quo adorna, ilustra y civiliza el mundo.

Pero ante todo principiaré preguntando cuál es la misión de las bellas artes; y contestaré que es la de buscar lo bello y presentarlo realizado en sus obras, añadiendo que lo bello, según Platon, *es el esplendor de lo verdadero*. Esta definición profunda encierra, á mi juicio, en compendio, todas las reglas, todos los caracteres de las bellas artes. Seguramente no puede haber belleza sin verdad; y todos los encantos y galas de las artes nada dirían á nuestros ojos si se prescindiese de aquella, que es á la que las artes levantan un trono en todas sus obras, en todas sus concepciones. Los sucesos más tristes, los hechos más horrorosos, los cubren ellas con su esplendoroso manto, y el brillo de lo verdadero amortigua las impresiones dolorosas, quedando solo viva la de la admiración hácia el artista que supo llegar á la imitación de la realidad. Pero esta realidad, que podremos llamar artificial, va acompañada de goces y dulzuras. Pavoroso fué el lance que se supone presenciaron los troyanos, viendo á Laocoonte estrangulado en unión de sus hijos por las serpientes que los circundaron en apretantes lazos; pero el arte, al representar esta lúgubre escena, al formar ese grupo lamentable, cuanto más se acerca á la verdad, más disminuye el horror, porque prepondera la idea

de la victoria de la pericia humana. Oid al dulcísimo Meléndez comprobar mi pensamiento, refiriendo el dolor del padre en estos términos:

¡Mira cómo en su angustia el sufrimiento
 Los músculos abulta, y cuál violenta
 Los nervios extendidos;
 Cuál sume el vientre el comprimido aliento
 Y la ancha espalda aumenta!
 Y en el cielo los ojos doloridos
 Por sus hijos queridos.
 ¡Ay! ¡ Cuán tarde su auxilio está implorando
 En tan terrible afán aún la ternura
 Sobre el semblante paternal mostrando,
 Cual débil luz por entre niebla oscura.

En ese grupo, en ese trozo de mármol trabajado por el cincel del hombre, que representa un hecho doloroso, hallareis la verdad; pero cubierta con los atavíos del arte que la da esplendor y la desnuda de su repugnancia. Se ve la naturaleza, pero triunfando de ella el ingenio del estatuario, cuya victoria es para nuestra alma una satisfacción inconcebible.

¿No habeis visto el cuadro que representa la entrega de la plaza de Breda á las triunfantes armas del Marqués Ambrosio de Spínola? La angustia del general vencido, Justino de Nassan, desaparece ante el noble continente del vencedor, cuya caballeridad se retrata como de bulto á virtud de los inimitables toques del pincel de Velazquez.

No citaré más ejemplos, pero en cambio para patentizar la idea de que la pintura da nuevo realce á los objetos, la presentaré expresada por el P. Mtro. Gonzalez en los siguientes versos:

De la madre natura
 Los séres desmayados
 Á más sublime estado los levantas,
 ¡Ó divina Pintura!

Y al lienzo trasladados,
 Instruyes la razon, la vista encantas:
 Y así el aire suplantas
 De la verdad que imitas,
 Que con los coloridos
 Por tu mano ofrecidos
 Tambien el sér parece que le quitas:
 Tanto que si advirtiera
 La usurpacion, colores no te diera.

Observad en estos versos la demostracion de la teoria que sostengo: la imitacion suplanta á la verdad, haciéndola más agradable por la ficcion, que es un engaño encantador. A esta clase pertenecen las maravillas de la perspectiva, que el mismo Mtro. Gonzalez refiere de una manera que embelesa, y con una inteligencia admirable. Hé aquí sus palabras:

En superficie lisa,
 Sin que causen aumento,
 Colocar valles, montes, selvas, rios
 A distancia precisa:
 Accion sin movimiento,
 Fondos, lejos, alturas y vacíos:
 La mar de sus navíos
 Separar, y la tierra
 Del globo refulgente:
 Y sombra que la luz nunca destierra
 Jamás logró natura:
 Sólo es don tuyo, celestial Pintura.

Hé aquí realzada la creacion debida al genio de la pintura, que sobre un lienzo de limitada extension aglomera objetos, que no se confunden, antes bien aparecen á una distancia inmensa por la hábil colocacion de las sombras. Pero esas sombras que, como dice el P. Mtro. Gonzalez, *la luz nunca destierra*, son la magia con que la pintura hace destacar de un plano los objetos, fundando su poder

en la oscuridad, cuyo poder encomió de una manera inimitable otro poeta español.

Oid á D. Juan Bautista Arriaza, que arrebatado por la inspiracion decia en su poema titulado *Emilia*:

Mira: ese luminar claro y fecundo
 Que en medio de los cielos se gloria,
 Árbitro de la luz, de dar el día
 De polo á polo al ámbito del mundo.
 Si de su luz el más brillante rayo
 Fulmina hácia su muro,

 Se vé desfallecer en el desmayo
 Que el arte obró: y el mismo sol se asombra
 De no poder dar luz al rasgo oscuro
 Que condenó el pincel á eterna sombra.

Con la suavísima melodía de los versos, con los matices de la poesía he explicado los eucantos de las bellas artes, y esos asombrosos milagros del claro-oscuro que da cuerpo y vida á las manchas que estampa el pincel en el lienzo.

Pero volviendo otra vez á nuestro tema despues de esta brevisísima excursion por los vergeles de la pintura, ya que hemos considerado lo bello como el esplendor de la verdad, añadiremos que no es esta la única definicion, porque, segun el Conde de Maistre, *lo bello es lo que complace á la virtud ilustrada*; definicion que atribuye á las bellas artes el poder de producir impresiones con que se recree la virtud y se predisponga el corazon del hombre á ejecutar el bien, rompiendo las terrenas ligaduras para elevarse á la esfera en que la virtud y la verdad despiden esos rayos luminosos que anegan el alma en dulzuras inefables.

Lo bello es, pues, una semilla preciosa que las bellas artes están difundiendo continuamente sobre la sociedad, la cual con este rocío adquiere un medio de adelanto y de perfeccion, porque Dios ha que-

rído que por tales medios el hombre se mejore y engrandezca, como se enaltece siempre que el espíritu ejerce en la humanidad su debido y justísimo predominio.

Y que el espíritu se enaltece con el ejercicio de las bellas artes está fuera de disputa. El hombre se admira de la imagen que estampó en el lienzo, de la estatua en que convirtió su cincel una piedra tosca: su corazón se enciende entonces en amor á estas obras de su talento, y se crea goces separados de la materia:—ved aquí un remedo de la Trinidad: un autor, un producto y un amor. Ved también una demostración de que la materia es inerte y no es creadora por sí; es indispensable un espíritu que la mueva; y si fué necesario que el de Dios caminase sobre las aguas para dar movimiento á lo creado, ha sido preciso también que el ingenio del hombre recogiese los colores, los colocase con oportuna é inteligente disposición en el lienzo; que arrancase de la cantera un trozo de mármol y lo desbastase con su cincel, hecho del hierro que extrajo de la mina y fundió. Y si de aquí pasamos á las gigantescas obras de la arquitectura, veremos confirmada la superior inteligencia del hombre, de suerte que una pintura, una estatua y una columna, serán á los ojos del que discorra una prueba inatacable de la existencia de Dios y de la espiritualidad é inmortalidad del alma. Porque si el hombre no pudo crear su inteligencia, debe haber un autor; y si ese Sér Supremo la creó y enriqueció con dotes tan distinguidas, no fué para sumirla despues en el polvo y privarla de esa vida de actividad, que la coloca sobre los demás seres del universo; porque los espíritus son destellos de la esencia divina, y esta es inmortal é imperecedera.

El ejercicio de las bellas artes es, pues, eminentemente moralizador. No soy yo precisamente el que lo dice; puedo citar el testimonio de algunos sábios. «Importa, decía Mr. Portalis¹, cultivar las bellas letras y las bellas artes, no precisamente por la mira de nuestros goces y de nuestro esparcimiento, sino por el interés sagrado de la virtud. Los bellos monumentos perpetúan las bellas ac-

¹ *Del uso y del abuso del espíritu filosófico.*

ciones; los buenos libros propagan las buenas máximas; el arte de hablar bien y de escribir bien, predisponen al arte del buen gusto. En el estado de nuestras sociedades y de nuestras costumbres, la seca y fría razón se verá precisada á ceder la preferencia á la razón brillante y adornada.»

Pero todavía podemos hacer otras consideraciones que prueban el carácter divino, por decirlo así, de las bellas artes, que pueden mirarse como las reparadoras de los extragos que experimentó la humanidad en el terrible cataclismo de su caída. «El cuerpo humano, dice un escritor, era el templo destinado á recibir la imágen viva de Dios, y con este objeto, el Divino Arquitecto lo hizo grande, espléndido, digno en una palabra de un destino tan glorioso. La rebelion del hombre produjo un desconcierto hasta en las formas exteriores; y si alguna vez encontramos rostros que brillan con los resplandores de la belleza, será preciso confesar que no vemos en ellos sino restos informes de la belleza primitiva, que nos hacen entrever, ya que no nos revelen, la obra maestra de Dios al formar el primer hombre en el estado de inocencia: obra en que acumuló y concentró todo el esplendor y riqueza de la creacion. Los ojos del poeta y del artista penetraron este misterio, y como en el fondo de toda exageracion y de toda mentira hay una verdad que sirve de punto de partida, se sigue que los ensueños del poeta y del artista en sus ficciones y en sus obras no son más que un recuerdo del Eden, una reminiscencia del estado primitivo y de la belleza que entonces hermosecaba al hombre.»

Las bellas artes, al representar la imágen de este con las galas de la hermosura, no hacen más que elevarse á la época venturosa de la inocencia, restituyendo á la humanidad las ricas preséas de que la despojára la desobediencia de nuestros progenitores ¹.

¹ Estas ideas son, en el fondo, de Mr. Habet en su obra *Sobre la direccion de la conciencia de una jóven á su entrada en el mundo*.

Un concepto muy parecido he encontrado, despues de escrito este discurso, en una composicion de mi querido amigo y compañero el señor D. Pedro de Madrazo, que se encuentra á la página 211 de un libro im-

Pero ¿cómo ejecuta el hombre estos prodigios? ¿Cómo presiente y adivina lo bello? ¡Ah! Solo en el seno del Eterno está el prototipo de la belleza; y el artista, para buscarlo, debe, como un nuevo Prometeo, subir al cielo á apoderarse de aquel fuego sagrado, trasladando á la tierra una pequeña parte de las riquezas contenidas en el inagotable tesoro del Omnipotente. Dios hizo al hombre del barro damasceno, y el escultor, formando una estátua, imita la obra del Criador: la luz hace proyectar sobre la tierra la sombra de los cuerpos, y la pintura copia estos cuerpos, los representa y reproduce, cubriendo su copia con las galas del pincel, que para todo tiene toques, y para todos los sucesos de la vida atesora en sus tintas medios de imitacion. Ora es la angélica pureza de la Madre del Salva-

preso con el título de *Las cuatro Navidades*, que contiene poesías de varios autores.

Los versos á que me refiero del Sr. Madrazo, son los siguientes:

Las voces mil que juegan
 En el cañaveral,
 Los ecos misteriosos
 Que al bosque encantos dan,
 Son ráfagas perdidas
 Del coro universal
 Que espíritus y mundos
 Alzaron á compás.
 El músico, el poeta,
 Los buscan con afan,
 Y de ellos toma en ambos
 Su forma el ideal.

¿Qué relacion no se encuentra entre estas ideas y las que enuncia Mr. Lourdoueix en su *Filosofía del Verbo*, en la que á las olas del Océano, al aquilon que azota las selvas y al trueno les atribuye un verdadero lenguaje, obra de Dios; lenguaje majestuoso é imponente, diverso del suave soplo del céfiro y del dulcísimo murmullo del arroyo? Todo lo que llega á saber el hombre no es más que una adivinacion de las verdades que atesora el seno de Dios. Los poetas y los pintores adivinaron las primeras creaciones del reino animal. Si hemos de dar crédito á los naturalistas, de una de las primeras épocas datan esos saurios gigantescos, dueños

dor, ora la agonía del Hombre-Dios en la cruz, ora el sencillo festín de los aldeanos, ora el espléndido banquete de Baltasar y la mano terrible y misteriosa que trazó aquellas palabras que helaron la sangre de los convidados: ora la mar entumecida que en las cimas de sus olas agita como un juguete los buques, que el hombre construye á manera de pueblos móviles: ora trasladada al lienzo las nubes del crepúsculo vespertino, recamadas de oro y escarlata, ó las blanquecinas gasas con que la aurora tiñe las crestas de los montes, y reanima la dormida naturaleza, que despierta asombrada al anuncio de la venida del padre de la luz, próximo á aparecer sobre el horizonte, renovando su fúlgida carrera á los ojos del universo.

Dios colocó los montes sobre masas de granito, y el arquitecto

solos entonces de la creación viviente, esos plerodáctilos con alas membranosas, los más monstruosos entre los monstruos antidiluvianos, como megalosauros con coraza, cuyas formidables mandíbulas podían sin trabajo dejar paso á un animal del tamaño de un buey: esos ignánidos, de cien piés de largo, que parece han servido de tipo á los vampiros de las leyendas y á todos esos extraños colosos del reino animal que dominaron durante millares de años en las regiones en que el hombre habia de dominar algun día. (Flammarion, *La pluralidad de los mundos habitados*, página 89.) Supone este mismo autor, pag. 91, que «tales animales y otros podían vivir en una atmósfera mortal para el hombre:» y á la 93 añade: «Las conjeturas que tienen el campo abierto en nuestro asunto, pero que no alcanzaron derecho de ciudadanía en nuestro libro, pudieran bien armonizarse con las creaciones fantásticas de los poetas y pintores que se han complacido en poblar de seres extraños los tiempos desconocidos, sembrando en ellos con profusion esos emblemas disformes y esos hijos de la extravagancia, que se han llamado esfinges, grifos, cabires, dáctilos, lámias, elfos, sirenas, gnomos, hipocentáuros, arimaspes, sátiros, harpías, vampiros.»

Las observaciones de este autor comprueban que los pintores con su inventiva alcanzan á las veces á descubrir producciones que se suponen imaginarias, pero que existieron tal vez algunas, si hemos de creer á los naturalistas modernos. Antes que estos hablasen, los autores de libros de caballería hicieron pinturas que tienen relacion con las teorías modernas.

Hemos dado demasiada extension á esta nota para demostrar que el espíritu del hombre se eleva á pensamientos que no pueden ser inspirados por la materia.

levanta en la superficie de la tierra una obra que es una segunda creacion.

El artista es, pues, un imitador de Dios, una mano que copia sus obras, que las remeda, y con su imitacion enaltece su alma y entona un himno solemne á las glorias del Omnipotente. Podré citar, en apoyo de mi aserto, los versos de Pablo de Céspedes, que vió la luz en Córdoba, y que fué, segun dice el Sr. D. Manuel José Quintana, escultor, pintor, anticuario y poeta, el cual, poseido de la idea de la dignidad y elevacion del artista, exclamaba entusiasmado y sorprendido:

¡Oh, tú, más que mortal, ángel divino!
 ¡Oh! ¡Cuál te nombraré? No humano, cierto,
 Es tu sér, que del cerco empíreo vino
 Al estilo y pincel vida y concierto.
 Tú mostraste á los hombres el camino,
 Por mil edades escondido, incierto,
 De la reina virtud: á tí se debe
 Honra que en cierto dia el sol renueve.

Concretándose D. Pedro Montengon á la escultura, decia:

Por tí son conservados
 Los héroes celebrados
 De la virtud, quando la muerte dura
 Los reduce á ceniza
 Y tu diestro cincel los eterniza.

Ved, pues, reconocido que las bellas artes son un ejercicio casi divino; y todavía añadiré que las obras de los artistas son una predicacion continua y elocuente de la existencia de Dios y de la espiritualidad é inmortalidad del alma. Seguramente no puede haber pintura, ni escultura, ni arquitectura sin inspiracion; y la inspiracion es hija de Dios: es una emanacion de su esencia, un rayo que se escapa de su frente augusta y que penetra en la mente del artis-

ta, que agitado por un noble é incomprendible entusiasmo, por un estro divino indefinible, observa que su pecho palpita, que su alma se inflama; y tomando entonces arrebatadamente la paleta y el pincel, traza la efigie de la Madre de Dios, atribuyéndole una belleza inimitable y respetuosa, emblema de todas las virtudes; ó pinta el Juicio final, y hace oír en los rasgos de su muda pintura las congojas y gritos de los réprobos, y los cánticos de los bienaventurados; ó asiendo la regla y el compás diseña la Octava Maravilla del mundo, el templo inmenso en que ostenta toda su gloria el Catolicismo; templo en el que, cuando uno entra (como dice Portalis¹), se vé penetrado de la grandeza del Dios á quien allí se adora. La cúpula de esta iglesia, sostenida por pilares que la presentan ligera, parece, por su elevacion, por su extension y su forma aérea, que no da al templo otra bóveda que el mismo cielo.

El principio religioso, Señores, sus dogmas sacrosantos son la verdadera base, el sólido cimiento de las bellas artes. Mr. Dréolle² en sus lecciones acerca de la influencia del principio religioso sobre el hombre y la sociedad, hablando de la esterilidad del mahometismo, decia: «El entusiasmo es un fuego que se apaga cuando no lo alimentan verdades inmutables y eternas. Estas verdades que profesa la Religion católica son las que dieron materia á las concepciones del genio.» Razonando sobre este tema, añade: «El siglo XVI fué el de los prodigios artisticos alimentados por el Cristianismo: fué el siglo de los Perugginos, de los Rafacles, Miguel Ángel, Ticianos, Correggios, Veroneses y otros hombres inspirados por el dogma cristiano:» y pasando á hablar de la poesia, añade: «Despues de Ariosto encontramos á ese Torcuato Tasso, que queriendo imitar las formas de Homero y Virgilio, se convirtió en un modelo inimitable: entonces la posteridad adquirió la obra del génio superior de Camoens: todos estos talentos recabaron su fuerza y su vigor del espiritualis-

¹ En la obra citada anteriormente.

² Estas lecciones las dió en el Ateneo Real de París en el curso de 1837 á 1838.

mo cristiano, la hallaron en una absorcion de pensamientos, en una creencia y fé viva en las verdades reveladas por el Evangelio ¹.»

¿Necesito citar más testimonios y comprobantes para la demostracion de mi tésis? De ningun modo, porque cuento con el sentimiento, con vuestra conciencia y la de todos los hombres, que es la voz del alma, el eco de la razon divina que nos habla desde el cielo y que resuena en nuestro corazon.

No es extraño, pues, que un poeta de la antigüedad (Ovidio) pintase este entusiasmo del artista como la participacion de la divinidad: *Est Deus in nobis. agitante calescimus illo*. Otro poeta, pero cristiano ² y de nuestros dias, calificaba esta inspiracion de una aura arcana, de una tempestad interior y secreta, que agitaba y conmovía hondamente el corazon y la mente del hombre: la apellida asimismo un manantial desconocido y celestial, del que no pudieron formar idea cumplida los artistas y poetas gentiles. Así es que dirigiéndose al estro, lo llama una chispa invisible, que nada tiene de terreno, que á un barro frio é inerte comunica calor y vida, y lo reviste de alas que le hacen competir con las obras del mismo Dios.

Y este nùmen, este estro, esta inspiracion no es obra de la ensenanza, sino que es hijo de un instante rápido, que enciende ó extingue un pensamiento que atraviesa veloz por la mente.

*Tu sei figlio d' un rapido istante:
Or l' uccende, or l' anmorza un pensier.*

¹ Citamos á Mr. Dréolle por la exactitud de su pensamiento en el fondo, aunque atribuya á algunos artistas como Peruggino y Veronese la consagracion á objetos religiosos, en lo que no procede con toda exactitud.

² Monseñor Danilo-Agusto, Conde de Fóscolo, Patriarca de Jerusalem, con quien contraje amistad en mi primer viaje á Madrid, me entregó copia de una oda sobre el estro, como obra suya: á ella me refiero cuando cito á un autor moderno.

Hubiéramos deseado copiar esa oda, pero por su extension renunciamos á esta idea, y porque entonces hubiéramos debido trasladar íntegramente la de varios poetas antiguos y modernos, entre los cuales contamos al señor D. Juan Güell y Renté, nuestro estimado amigo, que con el fuego de una imaginacion tropical cantó dignamente la sublimidad de las bellas artes.

Y esa repentina llama del estro, esa concepcion pronta se debe á la espiritualidad del alma, que saltando fuera de las prisiones del cuerpo, se eleva á la sublime esfera de los cielos. ¿Quién sinó un alma hecha á semejanza de Dios, puede producir tan maravillosos efectos? Solo así puede la pintura trasladar al lienzo objetos que unicamente reciben su sorprendente realidad de una idea que no puede ser obra de la materia. ¿Quién sinó el espíritu pudo inspirar á Miguel Angel la representacion del postrer día del mundo?

*Si, traverso al futuro tuente,
Michel vide l'estremo dei di.*

¿Quién, sinó un alma espiritual pudo representar á San Antonio, en éxtasis sobrehumano, esperando al niño Jesus que hendia los aires para ir á posarse en sus manos? Mientras que la pintura griega, resultado de una fria imitacion, copia las voluptuosas actitudes de una Venus, la pintura cristiana imita, si, pero traslada además al lienzo, las virtudes, las soberanas cualidades del alma. El arte pagano se reduce á la imitacion de la materia: el arte cristiano añade á esta imitacion los toques del pincel divino ¹.

¹ La sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana que dió á luz el entendido magistrado y poeta D. Juan Pablo Forner, contiene estrofas que bien pueden aplicarse á los abusos que se hacen de las bellas artes para avivar las pasiones: hélas aquí:

Añade incitamientos al doloite
Que ya incita por sí: vela y se esfuerza
En guarnecer el fuego con aceite.
La Arte en tanto inocente, de sincera,
Casta y grave matrona, es convertida
En infame ó adúltera ramera.
Con docta obscenidad prostituida,
Sábiamente lasciva, y de mil modos
Armando lazos á la honesta vida.

.....
.....

Pero no podemos omitir que la pintura, la escultura y la arquitectura, han sido los primeros elementos de la civilización. El salvaje envuelve en pieles los huesos de sus padres ¹ y los traslada de un punto á otro del desierto; pero el hombre civilizado hace que el pincel del artista dibuje sobre una tabla ó sobre una tela las facciones del autor de sus días, viendo en aquellas fijada la dulce imagen de la madre tierna y cariñosa que le acarició en la cuna y le amantó á sus pechos, y el semblante venerando del padre de quien recibió saludables consejos para caminar por la senda espinosa de la honradez y de la virtud.

El pincel, colaborador de la eternidad, es el cetro que empuña una mano inteligente para arrebatarse á la muerte su devastadora guadaña y sus víctimas, exclamando el genio: *plus ultra*; después del sepulcro aún hay más: la imagen que en la tierra grabó en un lienzo la pintura, y la inmortalidad de las almas en el cielo. Cuando por la ley que impuso el Altísimo como pena al linaje humano, se verifique la destrucción de los objetos queridos; cuando las manos que nos acariciaron se hayan descarnado y convertido en polvo; cuando aquellos ojos que nos miraron con dulzura y nos produjeron hondas emociones se hayan descompuesto, confundiendo en la masa de los elementos; cuando abierta la huesa de la persona más querida no encontremos más que un puñado de tierra, se levanta sobre este polvo yerto é inmundo la imagen del objeto amado, y podemos decir: *Huc est victoria que vincit mundum*: esto es, la pintura ha vencido las leyes inexorables de la muerte; ha conseguido

¡ Oh entendimiento, entendimiento humano!
 ¡ Para esto el gran vigor te es concedido
 Que al Criador inmortal te hace cercano?

Preciso es reconocer, por la moralidad que lo enaltece, la superioridad del arte cristiano en sus obras: en nuestra patria afortunadamente el pincel no se ha prostituido á la lascivia y á la impureza como en algunos países.

¹ Chateaubriand en *Los Natchez*.

salvar de la destruccion esa efigie que conserva la mente del Soberano Hacedor para restituirla á la alma que voló á su seno. ¿Quién, á vista de su prodigioso poder, no mirará la pintura como un auxiliar del Criador? Los espíritus desaparecen, los cuerpos que animaban se disuelven y disipan; pero el pincel conserva los rasgos de las facciones, y el hijo puede contemplar en delicioso arrobamiento el rostro de su padre, que al espirar podrá decir: *Non omnis moriar*; no moriré del todo; mi semblante estampado en un lienzo, resucitará en el cariñoso corazon de mis hijos el recuerdo de mi fisonomía. ¿Y cuánto no contribuye á la moralidad de los hombres esta remembranza continua? Las bellas artes, ¿no tributan un culto á la inmortalidad de las almas, al poder de Dios, al Creador de los mundos? Ningun pintor ha sido impío en todo el rigor de la palabra; ningun escultor, ningun arquitecto ha puesto en controversia las facultades del Altísimo, atribuyendo sus portentosas creaciones al acaso y á la fortuita rotacion de los átomos. Pirron, filósofo incrédulo de la antigüedad, para profesar la duda como sistema, dejó los pinceles: si hubo algunos despues, que se mostraron descreidos, fué en la apariencia; porque mientras se ostentaban con ideas ménos religiosas, cumplian á su pesar la mision divina, ejecutando obras que solamente podian ser fruto de la inspiracion celeste.

En vista de lo que acabo de exponer, continuaré ensalzando á las bellas artes como propagadoras de esas creencias que moralizan á la sociedad. En crónicas de piedra, que no son otra cosa los edificios y las estátuas, escriben los sucesos y los transmiten á la posteridad; y sobre todo, la pintura, refiriendo con el pincel los hechos gloriosos y los que exigen imitacion, por ser el fiel traslado de las virtudes domésticas ó del heroismo de todo género, inspira pensamientos que engendran obras altamente recomendables. ¿Quién no se inflama en sentimientos caritativos cuando ve el cuadro del Samaritano, en que se representa á éste ungiendo al viandante herido, que estaba prostrado en el suelo, sin que se detuvieran á socorrerle los pasajeros de su nacion? Este lienzo, ¿no es una leccion elocuente y visible, aunque muda, del amor al prójimo? La efigie de Nuestro Redentor,

¿cuántos sentimientos afectuosos no suscita en nuestras almas? Y el retrato de nuestros padres, ¿no nos recuerda muchas veces sus amonestaciones cariñosas, sus consejos, inspirados por la ternura? En lo religioso y en lo civil, las bellas artes contribuyen poderosamente á desarrollar y confirmar los principios de moralidad y de patriotismo.

Pero no debe olvidarse tampoco que las bellas artes son los jalones de la Historia, y que en ellos se graba el sello de la índole y calidad de las edades que atraviesa el mundo. Cuando domina el espíritu religioso, cuando el amor de Dios enardece las almas del pueblo, el arquitecto se consagra á levantar y embellecer la morada santa en que se oyen los oráculos de la Religion, donde el espíritu se arroba en la contemplacion de los sagrados misterios y se embelena con las ideas de la ventura celestial que le hace prelibar anticipadamente en la tierra: la pintura nos presenta entonces las imágenes de los santos, el rostro hermoso de la Virgen, fiel traslado de una virtud sobrehumana, para cuyo-trasunto es preciso ir al cielo á buscar el colorido y las tintas.

En la época del Renacimiento, el gusto de la antigüedad, llevado al exceso, puede decirse que reinstaló el imperio del gentilismo, reproduciendo las Vénus, los Bacos y los sátiros; y el arquitecto construyó templos para el placer, ó sea teatros, en donde segun dice un escritor célebre, pudiesen lucir sus fingidas gracias las discipulas de Terpsicore. Para averiguar la índole, los sentimientos, las tendencias, las pasiones de un siglo, no hay más que atender á las obras que dejó; más claro, al uso que hizo de las bellas artes. Con razon ha dicho Cantú en el prólogo de su *Historia universal*, que los poetas y los filósofos reflejan sus tiempos, como el rio las orillas por entre las cuales discurre. Esta reflexion se aplica tambien á las bellas artes. Por eso temo el juicio que forme la posteridad con respecto á nuestra España, donde, con dolor de los inteligentes, se ha dado preferencia á la construccion de cuarteles y plazas de toros, siendo la consecuencia de esta aficion, que me abstengo de calificar, que mientras vemos erigirse tan deleznales monumentos, se desplomen

las obras maestras construidas por nuestros mayores, yaciendo entretanto, á su despecho, en ociosa inaccion el vigoroso genio de nuestros artistas ¹.

Ved, Señores, cómo las bellas artes son las compañeras y auxiliares de la Historia, ofreciéndonos en sus obras la prueba de los quilutes de la civilizacion de cada siglo y de cada país. De la historia del Oriente son páginas elocuentes los restos de Nínive, Babilonia, Persépolis, Balbeck y Palmira; en las pagodas de la India vemos los grados de su cultura: en los adoratorios, remedos de las pirámides de Egipto, quizás entrevemos el origen de los templos mejicanos; y en las ruinas de Palenque descubrimos una civilizacion anterior á la de los Aztecas que ocuparon las llanuras del Anahuac.

Cultivemos, pues, las bellas artes, para poder dejar de nuestro siglo una memoria grata y digna á las generaciones que nos sucedan, pero tambien por la consideracion de que en lo sucesivo deben ser una de las esperanzas de nuestra patria. Las bellas artes son indudablemente productoras de riqueza, pero de riqueza perfumada con el suave hábito de lo bello: así se infiere de las ideas que enuciaba un día nuestro apreciable y distinguido compañero el Sr. Don Pedro de Madrazo en los siguientes versos:

¹ En medio de tantas devastaciones que afligen á los amantes de las artes, nuestra alma se dilata al saber y poder anunciar que el Excelentísimo Sr. D. Joaquín Barraquer y Llauder, Director-Subinspector en el distrito de Cataluña, ha encontrado medio para ultimar las obras de un cuartel, conservando, á instancia de la Academia de San Fernando, el claustro y la iglesia del convento de San Pablo, en la ciudad de Barcelona. ¡Ojalá que este ejemplo, tan digno y merecedor de alabanza, sea imitado en Zaragoza, y nos exima de derramar amargo llanto por la destruccion de parte de las antigüedades que contiene el Alcázar de la Aljafería, destruccion que sería una pérdida irreparable para las artes y la arqueología! Antigüedades de tal naturaleza, monumentos de tal clase, entre ellos una mezquita anterior quizá, al siglo décimo, á toda costa deberían conservarse, como un resto precioso de la arquitectura árabe en las provincias del Norte de España.

Y á tí, ciencia sin luz, que el lauro mides
 Por el provecho material grosero,
 Dígame Grecia y Roma si fué Euclides
 Más civilizador que el grande Homero ¹.

Si Homero aumentó la civilizacion de la Grecia, aumentó tambien su bienestar: las bellas artes no pueden ejercerse en una nacion sin que se desarrollen inmediatamente los gérmenes de la prosperidad, pero de una prosperidad sólida, no de la bastarda, hija del materialismo, como lo cantó el mismo poeta, diciendo:

Privada la moral de su belleza
 Serán leyes del mundo las pasiones,
 Ídolo de los pueblos la riqueza,
 Y las ciudades ranchos de ladrones.

Los nombres de Murillo, Velazquez y el Españoleta deben inflamar los corazones de la juventud, presentándole un porvenir venturoso. Nuestro siglo, positivista y metalizado, debe ver tambien en las artes una fuente de riqueza, haciendo de ellas la oportuna aplicacion. Observarse debe que en la actualidad tropas de extranjeros vienen á contemplar en nuestros Museos las obras de nuestros eminentes pintores, de lo que se deduce que su genio creó á favor de su patria tributarios en regiones apartadas. El lugar que han ocupado los pintores españoles en la reciente Exposicion de Paris abre mi corazon á nuevas esperanzas, lisongeándome de que algunos jóvenes abandonarán otra direccion y otras ambiciones para consagrarse, por elevada que sea su cuna, al ejercicio de las Nobles Artes, teniendo presente lo que, segun dijo en una de sus odas D. Pedro Montengon, puede recabar el hombre de estos conocimientos. Hé aqui sus palabras:

¹ Exposicion pública de bellas artes en 1856, y solemne distribucion de premios á los artistas, verificada por S. M. en 31 de Diciembre del mismo año.

Mas de pincel armado
 Hace do quiera frente á su destino:
 Y en un honesto estado,
 Sea en el suelo patrio ó peregrino
 Le grangea su mano y su talento
 El seguro alimento,
 Que niega la piedad con mal talante
 A la inaccion del noble petulante.

El mismo autor en su tiempo preferia á otros cargos el ejercicio no solo de las Nobles Artes, sino aún el de las industriales, diciendo que valia más ejercerlas que entregarse á la ociosidad,

Ó que ansiar el empleo,
 Objeto de la envidia; que logrado,
 Á colmar el deseo
 De la ambicion no llega, si quitado
 Antes por la fortuna no le ha sido,
 Apenas conseguido.
 La mano envidio yo, no la nobleza
 Del que lleva su hacienda en su destreza.

Pero aun cuando yo excite á los jóvenes al estudio de las bellas artes, no creais que participo de esa idea funesta de que indiscretamente deban arrancarse brazos á la agricultura y á la industria. Las bellas artes, en lo general, son ocupaciones de adorno, y que únicamente pueden proporcionar entretenimiento lucrativo donde rebose la riqueza, siendo por lo demás harto sabido que nunca podrán obtener medios seguros de subsistencia los que ejerzan el arte en escala superior, sino poseen un gran talento y gozan de dotes privilegiadas. No incurramos en los vicios de la exageracion: á pretexto de amor á las bellas artes no demos lugar á que crezca una turba de mamarrachistas despreciables, que corrompiendo el gusto, se conviertan en implacables enemigos de la verdadera belleza artística. Por errores semejantes se crearon escritores adocenados, que no

eran poetas sino meros rimadores, *ecuditori di cancie rimate*¹, y que sin embargo se supusieron géneos ilustres, así como no faltaron tampoco quienes usurparon el título honroso de jurisconsultos, siendo meramente abogados rutinarios ó atrevidos leguleyos. Reconozcamos que las bellas artes no pueden sufrir la medianía, como con respecto á los poetas lo sentó Horacio en su Carta á los Pisones, diciendo:

*Mediocribus esse poetis
Non homines, non dii, non concessere columnæ.*

He llegado al término de mi discurso: solo me resta daros gracias por vuestra benevolencia en escuchar mis pocos pulidos conceptos y mis sobradamente ingénuas observaciones. Habreis notado quizás en mis palabras cierta timidez. Recordad lo que decia un sábio: «En las bellas artes acontece lo que en la moral y la religion: el temor es el principio de la sabiduria, y á las veces de lo sublime.» Cesando yo de hablar, y poniendo término á mi oracion, acredito mi buen sentido en no prolongar vuestras molestias. Me ha cabido la satisfaccion de haber considerado las bellas artes como un elemento religioso y civilizador, y de haber demostrado que eran auxiliares del progreso, que no puede ser verdaderamente tal si no es católico, y que consiste en la propagacion de la verdad para mejorar á los hombres, adornándola con las galas de la elocuencia, y con el esplendor que sabe atribuirles la mágica inventiva de los pintores, escultores y arquitectos, que son los que ejecutan una segunda creacion superpuesta á la que salió de las manos de Dios, y que imitando sus obras y comprendiendo la pureza primitiva, en cuanto tiene relacion con lo bello, cantan en la tierra un himno á su grandeza, como los coros celestiales lo cantan con sus arpas de oro en las mansiones del Eterno.

DIE.

¹ Daulo-Augusto en la oda citada.